

SAMUEL AMELL EN EL RECUERDO

JUAN MARSE

Conocí a Samuel Amell en Barcelona a finales de los setenta o a principios de los ochenta, hace más de treinta años. Mi recuerdo de este primer encuentro es impreciso, pero persiste un sentimiento de sorpresa y de gratitud. De sorpresa en primer lugar, por el hecho de que mi obra hubiese llegado a interesar a un profesor universitario que venía de tan lejos (me había ocurrido poco antes con William M. Sherzer, de la Universidad de Nueva York) y de gratitud porque enseguida me di cuenta que sus conocimientos y su afecto hacia esa obra iban a constituir un estímulo para mí, acotando temas y subtemas, aclarando conceptos y tendencias de las que yo por aquel entonces aún no era muy consciente, e incluso me mostraba reacio a cualquier teoría del arte de la ficción. Recuerdo la solvencia de las preguntas que me hizo Samuel acerca de mis estudios, tan escasos y tan precarios, mis lecturas, mi adolescencia en la ciudad, mi vida en familia. Hablaba de algunos personajes de mis ficciones como si fuesen viejos conocidos, y sabía de ellos más que yo. Samuel Amell, ese inesperado regalo, venía de la Universidad del Estado de Ohio (Columbus) donde era profesor de Literatura Española del siglo XX. Venía para entrevistarme y aclarar conceptos para un libro que pensaba escribir, y de paso, aunque no fuera este su propósito, aclararme a mí no pocas cosas. Por aquel entonces yo vivía aún en lo alto de la calle Balcells, en el barrio de mi infancia y adolescencia, me había movido poco en ambientes académicos y mi relación personal con estudiosos y eruditos había sido nula, salvo en el caso de W. Sherzer y en el transcurso de un par de visitas a Cuba y a México. Es posible, aunque no lo recuerdo, que ya hubiese despertado algún in-

terés en especialistas pertenecientes al estamento universitario nacional, pero de ningún modo podía imaginar que volvería a llamar a mi puerta alguien venido de Norteamérica y con un conocimiento tan profundo de mis primeras novelas.

Samuel era un hombre cordial, de trato llano y afable, cercano y paciente, conocedor a fondo de las corrientes de la literatura española, y yo era todavía en aquel entonces un interlocutor bastante atolondrado y con un bagaje cultural no muy sólido, autodidacta acérrimo y con algún notable despiste. Nos vimos en diversas ocasiones, la amistad se consolidó, y en 1984 me llegó su libro editado en Playor, en mi opinión uno de los trabajos más interesantes sobre mi obra, junto con el de William Sherzher publicado dos años antes.

La última vez que nos vimos fue en la Universidad de Barcelona, no recuerdo qué años, con motivo de un seminario en el que se habló de las adaptaciones cinematográficas de mis novelas y de la influencia del cine en algunas de ellas, entre otras cuestiones, y recuerdo al respecto la interesante intervención de Samuel y lo mucho que le interesaba el cine.

Ahora, tantos años después, pienso en Samuel con infinito agradecimiento y lo único que lamento es no haber podido complacerle aceptando alguna de sus invitaciones a visitarle en su Universidad, participando en seminarios y coloquios que él organizaba. Siempre hubo alguna causa que me impidió viajar. Recordando hoy su amistad y su generosidad, quiero desde aquí enviar a su viuda e hijos mi afecto más sincero.

26-6-2013